

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
APOB. 1028 MONTERREY, MEXICO

IV

La verja del hotel, al cerrarse tras de Daniel, rechinó sordamente. Miró en torno suyo, sin ver nada, y después se echó á andar, con la cabeza baja, entregado á su ensimismamiento, sin saber á dónde le dirigían sus pasos.

Llevaba en sus oídos el llanto de Juana y el rechinar de la verja. Pensaba que la niña no le conocía, que no le amaba y que aquella puerta acababa de gemir por modo extraño.

Hasta entonces el dolor había colmado todo su sér, la razón había desaparecido. Ahora volvía, ahora hablaba y le permitía juzgar las cosas con toda claridad. Su intención le aparecía tal como era en realidad.

Una admiración dolorosa le sobrecogió ante la realidad. Púsose decididamente frente á frente de la misión que se le había confiado. Raquítico y miserable, comparóse con la delicada misión que había de desempeñar, y tembló.

Su mandato era el siguiente: habíasele encargado un alma; debía luchar contra el mundo y vencerle;

érale forzoso velar por un corazón de mujer y proporcionarle la felicidad. Para alcanzar este fin, iría por doquiera que fuese su protegida, se hallaría incansablemente á su lado, á fin de defenderla contra el mundo y contra sí misma.

Seríale por lo tanto preciso elevarse hasta ella y hasta colocarse por encima de ella. Viviría en su morada, ó, cuando menos, tendría entrada en las casas que ella frecuentase. Sería hombre de mundo, y así sería como podría luchar con ventaja.

Luego pensaba en él y se juzgaba á sí propio. Era feo, tímido, desmañado, pobre; hallábase, como quien dice, en la calle, sin parientes, sin amigos; no sabía siquiera dónde iría á comer y á recogerse por la noche. Los criados habían tenido razón al tratarle de mendigo, ya que, cuando el hambre le acosara tal vez tendría que decidirse á tender la mano. Mirábase andar y se atrajo una risa compasiva; tan ridículo se encontraba.

Y era él, aquel Adán, aquel hijo de la miseria y del dolor, quien debía erigirse en protector de aquella niña, trajeada de seda, que vivía en la riqueza y en la elegancia. Soñaba, perdía la cabeza, la señora de Rionne no había podido confiar su hija á un pobretón como él, y en todo caso, ni intentaría siquiera realizar tarea tan absurda.

Mientras pensaba en todo esto, no dejaba de buscar ahincadamente los medios de cumplir el juramento que había prestado á la moribunda. Sus ideas tomaban nueva dirección. Su abnegación y

sus tiernos sentimientos hablaban más alto que su razón; y ya no se veía á sí propio, empezaba á exaltarse.

Sintió haber dejado el hotel. Ahora que había salido, no sabía cómo volver á entrar. El rechinar de aquella verja había repercutido hasta el fondo de su corazón.

Se le ocurrieron mil proyectos á cuál más extravagante, como se le ocurren á los niños y á los enamorados. Inventó medios irrealizables, adhiriéndose á cada nueva idea que surgía de su cabeza, rechazando un plan imposible para tomar otro más imposible aun.

Pero lo que continuamente se le ofrecía á la memoria era el amargo dolor de no haberse podido llevar á Juana tranquilamente en sus brazos. Volvía á ver en la arena y se persuadía de que fácilmente habría podido robarla. Y, con toda la ingenuidad del mundo, construía la novela de aquel raptó, veíase huyendo con la niña, estrechándola contra el pecho, no respirando con libertad hasta hallarse lejos de la casa maldita de que la arrancaba.

Entonces su rostro resplandecía. ¡Cuán dulce y qué fácil se hacía su abnegación! Vivía con Juana, trabajaba y todo lo obtenía de él. Llamábala su hija y ella le llamaba padre. En la pobreza, en la obscuridad de aquella vida laboriosa, le inculcaba todas las virtudes, haciendo de ella un alma recta y noble. Y creía oír las apasionadas palabras de agradecimiento de su buena santa.

De repente Daniel se detuvo. Un terrible pensamiento le asaltaba: su misión era una misión ridícula. Acaso un muchacho de sus años, ¿era á propósito para velar por una niña?

A buen seguro que los transeuntes se habrían reído, á haber penetrado en su candidez generosa. Sus terrores de colegio volvían á apoderarse de él. ¡Cómo! ¿debía ser siempre un pária? Hé aquí que á su entrada en la vida veíase cargado con una misión extraña que todavía iba á aumentar su encogimiento.

Mas aquél era un mal pensamiento, una rápida intuición de la vida real y positiva, que no podía obrar por mucho tiempo, sobre él. Poco á poco, su rostro se serenó y sus ideas se tranquilizaron. Volvió á ser el inexperto muchacho que había sido hasta allí. Veía que la señora de Rionne le sonreía y la oía hablar. Y, olvidándose de los demás, olvidándose de sí propio, ya no mantuvo más que una ardiente necesidad, la de ser bueno.

Aquella oleada de pensamientos contrarios que le acababan de invadir, aquella incesante lucha, habían fatigado su mente, y la razón clara de las cosas se apartaba de él. Descansó en la firme certidumbre de que obraría con arreglo á los dictados de su corazón y de que su obra no podía por menos de ser buena. Lo demás lo dejaba en manos del destino.

Entonces, despertó de su sueño, tomó interés por los objetos exteriores, se fijó en los transeuntes y gozó de la suave frescura de la tarde. Ocupóle la vida

y empezó á preguntarse á dónde iba y qué era lo que debía de hacer.

La casualidad le condujo ante una de las puertas del Luxemburgo, la que mira casi enfrente de la calle de Bonaparte. Entró en el jardín y buscó un banco, pues se hallaba quebrantado de cansancio.

Bajo los castaños los niños jugaban, corrían y lanzaban agudos gritos. Las niñeras, con sus vestidos claros, se mantenían en pie, hablando entre ellas; algunas estaban sentadas y escuchaban sonriendo á los hombres que les hablaban en voz queda.

Toda la reducida concurrencia de los jardines públicos iba y venía á la entrada de la noche, con amortiguados ruidos de voces y de pasos. Percibíase, desprendida de los árboles, una claridad verdosa y transparente; la techumbre de hojas era baja y ocultaba el cielo; en el horizonte, de trecho en trecho, se percibía la marmórea blancura de las estatuas y de las balaustradas.

Costóle á Daniel trabajo encontrar un banco libre. Acabó por descubrir uno, en un rincón apartado, y se sentó, exhalando un suspiro de alivio. En el otro extremo del banco había un joven que leía. Alzó la cabeza, miró al recién venido y ambos cambiaron una sonrisa.

Como quiera que la sombra iba en aumento, el joven cerró el libro. Después paseó una mirada indiferente por cuanto le rodeaba. Daniel, movido de simpatía, olvidó sus propios asuntos, para seguir

con la vista cada uno de los movimientos de su vecino.

Era un muchacho de aventajada estatura y de hermoso rostro, aunque un tanto severo. Sus grandes ojos miraban de frente, sus labios firmes y gruesos, ostentaban no sé qué de poderoso y de leal, y en lo elevado de la frente se adivinaba un gran corazón. Parecía frisar en los veinte años. Sus blancas manos, su sencillo traje y su actitud severa, denunciaban un estudiante laborioso.

Al cabo de unos minutos, volvió la cabeza y fijó en Daniel sus miradas rectas y penetrantes. Este bajó la cabeza, en espera de encontrar en su rostro la burla con que generalmente se le acogía. Parecía-le que la curiosidad de aquel joven pesaba sobre él, figurándose ver una expresión maligna en sus labios. Luego fué animándose y no vió en el rostro de su vecino sino una bondadosa sonrisa de amistad y de aliento.

Lleno de gratitud, se atrevió á acercarse para decir á aquel amigo desconocido que hacía buen tiempo, que el Luxemburgo era un sitio delicioso para los paseantes cansados.

¡Ah! ¡qué agradables conversaciones son aquellas que nacen de un encuentro casual y que á veces constituyen el fundamento de una amistad de toda la vida! Nos vemos por la vez primera, la casualidad nos pone frente á frente, y hé aquí que se explaya el corazón y que nos entregamos en cuerpo y alma, impulsados por repentina é irreflexiva confianza. Expe-

riméntase un señalado goce al confesarse así al azar; encuéntrase una especial dulzura en ese abandono de uno mismo, en esa brusca entrada de un desconocido en lo más hondo de nuestro sér.

En pocos minutos, ambos jóvenes se conocían como si no se hubiesen separado nunca desde su infancia. Concluyeron por ponerse muy cerquita uno de otro en el banco, y en reirse como hermanos.

La simpatía se engendra tanto por las semejanzas como por las disparidades. El nuevo amigo de Daniel habíase sentido sin duda atraído hacia él por su rostro inquieto, por la torpeza de sus movimientos, por su aspecto dulce al par que extravagante. El, que poseía la fuerza y la belleza, se complacía en mostrarse bondadoso para con los séres raquíuticos por naturaleza.

A medida que fueron hablando, sintiéronse amigos como de por vida. Ambos eran huérfanos, ambos habían elegido la áspera investigación de la verdad por el camino de las ciencias, ambos no debían de contar sino con ellos mismos. Parecíanse, y las ideas del uno despertaban en la imaginación del otro pensamientos semejantes.

Daniel, en medio de las contingencias de la conversación, contó su historia, teniendo cuidado de no referirse á la misión, en cumplimiento de la cual tenía que vivir en adelante. Por lo demás, no tuvo necesidad de violentarse; había fijado su abnegación en lo más profundo de su pecho, y allí la guardaba, lejos de las miradas de todo el mundo.

Supo que su compañero luchaba valerosamente contra la pobreza. Llegado á París, sin un solo sueldo, aquel mozo de alma varonil, de inteligencia poderosa, habíase dicho á sí mismo que llegaría á ser uno de los sabios más distinguidos de su época. En espera de elevarse, procuraba vivir; ganaba algún dinero desempeñando tareas ingratas; después, por la noche, estudiaba, y velaba á veces hasta la llegada del nuevo día.

Mientras se confiaban uno á otro, con el abandono propio de la juventud, la obscuridad, bajo los castaños, se hacía más densa. Ya no se distinguían más que las manchas producidas por los delantales y las cofias de las niñeras. De los extremos del jardín llegaba un murmurio vago, mezclado con las risas, que se extinguía suavemente en el crepúsculo.

Los tambores redoblaron y los últimos paseantes se dirigieron á las puertas. Daniel y su compañero se levantaron, y, hablando hablando, se encaminaron juntos á la pequeña verja, que hacía frente entonces á la calle de Royer-Collard.

Llegados á la acerca de la calle de Enfer, se detuvieron un instante y continuaron sus confidencias. En medio de una frase, el joven se interrumpió, é interrogando á su compañero:

—¿A dónde va usted?—le preguntó.

—No lo sé,—contestó sencillamente Daniel.

—¡Cómo! ¿no tiene usted domicilio, no sabe usted dónde ir á acostarse?

—No.

—Pero, ¿cuando menos habrá usted comido?

—No, á fe mía.

Y ambos se echaron á reir. Daniel parecía encantado.

Entonces el otro, con toda naturalidad:

—Véngase usted conmigo,—le dijo.

Y lo llevó á casa de una frutera, en donde él comía. Hicieron recalentar un resto de guisado que Daniel devoró; como que no había comido desde hacía dos días.

Después su compañero le llevó al cuartito que él ocupaba, callejón sin salida de Saint-Dominique-d'Enfer, n.º 7. La casa está hoy ya demolida. Era una inmensa construcción, con amplias escaleras y con altos ventanales, que en tiempos pasados había servido de convento; las buhardillas, situadas en la parte de detrás, dominaban extensos jardines plantados con hermosos árboles.

Los dos jóvenes, sentados ante la abierta ventana, miraban las oscuras sombras de los olmos y acabaron de descubrirse mutuamente el corazón. Era la media noche, y aún hablaban estrechándose las manos.

Daniel se acostó en un angosto canapé, cuya tela colorada, se caía á pedazos.

Cuando la lámpara quedó apagada:

—A propósito,—le dijo su amigo,—yo me llamo Jorge Raymond. ¿Y usted?

—Yo,—contesto el otro,—me llamo Daniel Rimbault.

V

Al siguiente día, Jorge presentaba á Daniel á una especie de autor-editor, para quien él trabajaba, y le hacía admitir como colaborador en un diccionario enciclopédico que daba ocupación á unos treinta jóvenes. Allí trabajaban, como quien dice, en clase de dependientes; se compilaba, se cotejaba durante diez horas al día y se percibían de ochenta á cien francos al mes, según los méritos de cada cual. El dueño se paseaba en la oficina con el andar de un maestro de escuela que vigila á sus alumnos; ni siquiera leía los manuscritos y lo firmaba todo. Aquel oficio de comité le producía cerca de veinte mil francos al año.

Daniel aceptó con alegría y agradecimiento el trabajo de irracional que se le ofrecía. Jorge, que le había adelantado algún dinero, todas sus economías, le abrió un crédito en casa de la frutera, y le alquiló, en la casa del callejón de Saint-Dominique-d'Enfer, una habitación contigua á la suya.

Durante los primeros quince días, Daniel se vió como anonadado por la nueva vida que llevaba. No se hallaba avezado á semejante tarea; llegada la noche, sentíase la cabeza llena de cuanto había hecho durante el día. Ya casi no pensaba por su propia cuenta.

Un domingo por la mañana, como tuviese por delante todo un día de libertad, concibió el vivísimo deseo de volver á ver á Juana. Durante la noche había soñado en la pobre difunta y todo su entusiasmo se le había vuelto á ofrecer.

Salió furtivamente, sin decir nada á Jorge y se dirigió hacia el bulevar de los Inválidos.

Anduvo el camino con la mayor alegría. Sus miembros se habían puesto como entumecidos durante los quince días que acababa de pasar, sentado en una silla, hojeando mamotretos; parecíale que se encontraba de asueto, como el escolar que al siguiente día, debe de volver al colegio.

No meditaba gran cosa, decíase que iba á ver á Juana, y gozaba, cual niño, del ambiente y de la caminata. Del callejón de Saint-Dominique al bulevar de los Inválidos, todo le parecía alegre: ni la menor tristeza, ni la más pequeña inquietud.

Cuando se encontró delante de la verja del hotel, un temor súbito le sobrecogió. Preguntábase qué era lo que haría allí, lo que diría y lo que se le contestaría. Sintió un desfallecimiento. La que sobre todo le llenaba de zozobra era la explicación que daría á su visita.

Pero no quiso reflexionar, porque sentía que el valor le abandonaba; así fué que llamó á la puerta con decisión, aunque temblaba dentro de sí.

Abrióse la puerta, atravesó el jardín, y comprendiendo que en toda su vida no había estado tan torpe, detúvose en el primer peldaño de la escalinata. Cuando recobró el aliento, se aventuró á alzar los ojos.

Oíase en el hotel enorme ruido de martillos; había carpinteros que componían puertas en el vestíbulo, también había pintores, suspendidos en la fachada, que rascaban las paredes.

Daniel, sorprendido, y hasta un tanto satisfecho tal vez, se acercó á un obrero y le preguntó en dónde se hallaba el señor de Rionne. El obrero le envió al conserje, quien le dijo que el señor de Rionne acababa de vender el hotel y que habitaba á la sazón en la calle de Provenza.

Al siguiente día del fallecimiento de su esposa, el viudo se había puesto á aborrecer aquella casa, que permanecía llena de lágrimas. Los miasmas del entierro se percibían aún en las habitaciones, y se estremecía cuando bajaba las escaleras, creyendo oír á la continua el ruido del ataúd chocando contra los peldaños; así fué que resolvió cambiar de morada lo antes posible.

Cayó además en la cuenta de que la venta del hotel pondría en su poder una bonita suma. Por otra parte no le disgustaba dejar el bulevar de los Inválidos, é ir á vivir en pleno barrio elegante. Así

que se viese en situación de volver á su vida de soltero, el vicio lo tendría más al alcance de su mano. Alquiló todo un primer piso y efectuó la mudanza.

Daniel tomó la nueva dirección, é impulsado por el anhelo de ver á Juana á toda costa, dirigióse hacia la calle de Provenza. Pero, durante tan larga carrera, el corazón no le cantaba tan regocijadamente; las dificultades de su misión, la incertidumbre de la vida, se le presentaban más amenazadoras que nunca.

Un chaparrón le obligó á guarecerse bajo una puerta; fué preciso andar sobre el lodo, y, cuando subió la suntuosa escalera de la casa en que habitaba el señor de Rionne, reparó con horror que tenía la ropa llena de fango.

Fué Luis quien le abrió. Su semblante frío no expresó la menor sorpresa; habríase creído que no conocía al joven; pero mantenía, en las comisuras de sus labios, aquella imperceptible sonrisa que no le dejaba nunca.

Dijo cortestemente á Daniel que el señor no estaba allí, pero que no tardaría en volver; y le introdujo en un magnífico salón, en donde le dejó solo.

Daniel no fué osado á sentarse. Sus pies dejaban en la alfombra extensas manchas, y permanecía plantado en pie, temiendo adelantar un paso, pues faltábale el valor á cada nueva huella que dejaba al pasar. Al alzar los ojos, llegó á verse de

cuerpo entero reflejado en un gran espejo; nada podía parecerle más extraño que su persona, lo que casi le provocó á risa.

En el fondo sentíase contentísimo por el sesgo que tomaban las cosas. No le importaba poco ni mucho el ver al señor de Rionne, pero abrigaba la esperanza de que podría besar á Juana, y retirarse en seguida, antes de que el padre volviese. Inclínabase y escuchaba con ansiedad. A haber sorprendido las risas de la niña, á buen seguro que habría penetrado tranquilamente hasta donde se hallara.

Mientras que así prestaba atento oído, sonó el timbre y percibió en la antesala el crujir de un vestido de seda. Oyóse una risa de mujer y la recién llegada se puso á hablar á media voz con Luis. Las palabras no llegaban hasta el joven.

Al cabo de un instante, el vestido de seda dejó oír nuevamente su ligero murmullo, abrióse la puerta del salón y una joven apareció en el umbral.

Era Julia.

Hallábase elegantemente vestida de color gris claro, con encajes blancos y lazos azul pálido. Su cabecita, graciosa y atrevida, sonreía rodeada de sus rubios cabellos. El color blanco y rosa que se había aplicado á sus mejillas, comunicaban á su rostro un encanto de perversidad. A modo de sombrero llevaba una trenza de paja, en la que se veían clavadas algunas florecillas azules.

Julia se veía apesadumbrada. Iban á venderle los

muebles y había pensado en el señor de Rionne, á quien no veía de quince días á aquella parte. Impelida por la necesidad, corría en su busca, lo que la sacaba de sus casillas.

Echó hacia adelante, y así que estuvo en medio del salón, enfrente de Daniel, el esfuerzo que hizo para contener la carcajada que le subía á la garganta, á punto estuvo de ahogarla.

Aquel mozo de cara larga, de cabellos amarillos, que se mantenía allí, con las piernas entreabiertas y estupefacto, parecióle la última palabra de lo ridículo y de lo extravagante. La risa la ahogaba.

Apresuróse á entrar en una habitación contigua, en donde Daniel la oía reir como una loca. Pero dejóse oír un nuevo ruido de voces.

Esta vez era el señor de Rionne que volvía. Cruzó algunas palabras con Luis, y, de repente, pareció encolerizarse. Abrió con violencia la puerta del salón.

Daniel se reducía á la última expresión al hacerse la terrible pregunta: ¿qué iba á decir? ¿qué se le contestaría? Habíase refugiado en un rincón y esperaba lleno de zozobra.

El señor de Rionne ni siquiera llegó á verle. Atravesó bruscamente el salón y entró en la habitación inmediata en donde se encontraba Julia. En aquel instante sentíase indignado por todo lo alto, ante el atrevimiento de aquella muchacha. El cadáver de su esposa se hallaba aún allí, y su terror le hacía de ello una virtud.

Daniel, sin proponerse escuchar, oyó estas palabras pronunciadas en voz alta:

—¿Qué quiere usted?—preguntó el señor de Rionne montando en cólera.

—Vengo á verle á usted,—contestó apaciblemente Julia.

—Le he prohibido á usted que venga á mi casa; y mucho menos habría usted de venir en medio del luto en que me encuentro.

—¿Quiere usted que me vaya?

El señor de Rionne pareció como que no oía, y elevó aún más la voz.

—La presencia de usted está aquí fuera de lugar. La hacía á usted con más corazón y con más juicio.

—Entonces, me voy.

Y se echó á reir, dispuesta á retirarse y dándose golpecitos en las faldas.

El señor de Rionne se amostazó. Repetía en toda clase de tonos que no debería de haberse dejado ver en su casa; en esto Julia ofrecía siempre marcharse; él no acababa nunca, y ella no se iba. Luego el ruido de las voces se calmó. Las frases duraban más y resultaban más dulces. Pronto no fueron más que un murmullo, y Daniel concluyó por oír el estremecimiento de un beso.

No quiso permanecer allí más. Volvióse á la antesala en donde encontró á Luis, quien le dijo sin reirse, con dignidad:

—Tengo para mí que el señor no le recibirá á usted hoy.

Daniel había ya abierto la puerta.

—Pero la señorita Juana, ¿no está al menos aquí? —preguntó.

A Luis le sorprendió por tal modo la pregunta, que por poco pierde su arrogante serenidad.

—No, no, está en casa de su tía, la señora de Tellier.

Y como Daniel le pidiese la dirección de aquella señora, se la facilitó. Vivía en la calle de Amsterdam.

El señor de Rionne se había persuadido de que no podía tener su hija á su lado. Por lo demás no le disgustaba quitarse de encima un testigo que más adelante le habría sido molesto. Confióla, pues, á su hermana, á la ventura, sin parar mientes en el porvenir: «Estará mejor en tu casa,—había dicho á la señora de Tellier;—una mujer es necesaria para la educación de una niña. Si hubiese tenido un muchacho me habría quedado con él.» Y no decía la verdad, pues lo que deseaba de todas veras era la libertad, sin traba alguna.

Daniel se fué repitiendo muy por lo bajo la dirección que se le acababa de indicar. Moríase de hambre y de cansancio; mas no quería detenerse un solo instante, y corrió á la calle de Amsterdam.

El chaparrón había despejado el cielo, hacía un sol claro y los empedrados estaban ya secos. El joven restregó los bajos del pantalón y limpió con

el codo las gotas de lluvia marcadas en el sombrero.

La vivienda de la señora de Tellier era una de esas grandes construcciones nuevas, con sus anchas fachadas lisas, adornadas con mezquinas esculturas. La puerta cochera, alta y estrecha, daba á un patio en que había el preciso espacio para que cupiera una canasta de verdura y de flores.

Daniel se introdujo resueltamente por la puerta cochera. Al hallarse allí, en un tris estuvo que no le atropellase una carretela que salió bruscamente y que pasó con gran estruendo. Apenas le dió tiempo para refugiarse en la angosta acera interior.

Distinguió en la carretela á una señora de veinticinco á treinta años, que le miró con desdeñosa indiferencia. Iba ataviada á maravilla, por modo complicadísimo y del todo rico. Parecíase á Julia, ó, por lo menos, trataba de parecersele por su porte y sus colgajos.

Daniel se dirigió á una doncella que se había quedado en la escalinata, mirando alejarse el coche. Preguntóle por la señora Tellier.

—Ahora mismo sale,—le contestó,—acaba usted de verla.

Daniel se quedó muy contrariado. «Así pues,—pensó,—esa señora con tanta extravagancia vestida, es la nueva madre de Juana!» Y al pensar así, experimentó un vago temor.

La hermana del señor de Rionne, á los dieciséis años, había sido una joven ambiciosa, muy positiva y que procuraba obtener de la vida el mayor

partido posible para sus goces. Habíase fijado la cuestión del casamiento como un problema aritmético, problema que había sabido resolver con toda la exactitud de un matemático.

De inteligencia clarísima, veía con toda exactitud sus intereses. El mundo moral estábale cerrado, y su corazón no le inquietaba gran cosa. De ánimo estrecho cuando se trataba de pasión y de sentimiento, mostrábase inteligentísima cuando había de disponer de su cuerpo y de su fortuna.

Así era que abominaba de la nobleza en cuya clase había nacido. Decía que entre aquella gente, los maridos, por lo comun, se comen el dinero y que las mujeres pronto llegan á no tener siquiera veinte pobres vestidos que ponerse. Contemplaba el hogar de su hermano con condescendencia llena de compasión, y pensaba que aquella pobre Blanca había sido una necia al casarse con un hombre que todos los placeres los guardaba para sí.

Sin ambages ni rodeos habíase casado con un industrial, persuadida de que un hombre semejante trabajaría para ella y que sería la única que podría meter mano en las talegas. Y las metía á todo su sabor, sabiendo que eran inagotables. Su cálculo resultó exacto bajo todo punto de vista. El señor Tellier conservó sus costumbres de advenedizo y aumentó la riqueza de ambos sin echar mano de ella jamás. Su mujer, en sus ratos de buen humor, decíase muy por lo bajo que ella era el de Rionne del matrimonio.

Dominábala sin embargo una inquietud. El industrial se inclinaba poco á poco á convertirse en hombre político. Hablaba de la diputación. En el fondo ella habría preferido que se mantuviese tranquilo.

Por lo demás, había llegado á ser la reina de la moda, título que le costaba muy caro. Había adquirido fama de extravagancia que no había más que pedir; engolfábase en toda clase de ridiculeces, y trocábalas acto seguido por extravagantes elegancias.

Alimentaba terrible ojeriza contra Julia y contra todas las de su calaña, porque con frecuencia se veía obligada á copiarlas; mas había inventado la manera de copiarlas exagerándolas, adelantándose á ellas y hasta pareciendo que les daba el tono. De esta suerte había llegado casi á la demencia en punto á tocados, y todas las mujeres de París procuraban resultar tan locas como ella.

Un día, en las carreras, llegaron á insultarla tomándola por una cualquiera. Púsose hecha una fiera, lloró, se dió á conocer y exigió satisfacciones. En el fondo estaba contentísima.

Daniel, al verla pasar, tuvo una rápida intuición de aquellas cosas, y manteníase en pie, ante la doncella, sin atreverse á hacerle preguntas.

Pero ésta era una buena muchacha. Viéndola sonreír:

—Perdone usted,—le preguntó,—la señorita Juana de Rionne, ¿está aquí?

—¡Oh! no, señor,—contestó.—Siempre estaba pegada á las faldas de la señora, y la señora es sobrado nerviosa para aguantar á una niña á su alrededor.

—¿En dónde está ahora?

—Se la ha puesto en un convento desde hace ocho días.

Daniel se quedó como quien ve visiones. Y, titubeando, repuso:

—¿Permanecerá por mucho tiempo allí?... ¿Cuándo volverá?

—¡Ah! yo no sé nada,—contestó la doncella, que empezaba á impacientarse.—Estoy, sin embargo, en que la señora intenta que permanezca allí diez años largos.

VI

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Transcurrieron doce años.

La vida de Daniel, durante tan largo período de tiempo, careció de historia. Los días se sucedieron unos á otros, tranquilos é iguales, y, cuando se despertaban sus recuerdos, los años le parecían meses. Vivió reconcentrado en sí mismo, aislándose, y complaciéndose con el pensamiento constante que le guiaba en este mundo. Encontraba á Juana en el fondo de cada uno de sus actos, de cada una de sus ideas. Aquella especie de monomanía generosa le colocó en una esfera de serenidad, lejos de las inverecundias y de las miserias de la vida. A todas horas se sintió protegido por aquella niñita rubia, que veía siempre pequeña, con su hermosa sonrisa de ángel.

Y llegó á verse revestido con aquella gravedad del sacerdote que atraviesa las calles llevando con él al Señor. Cuando se le interrogaba bruscamente, su pensamiento parecía siempre descender de lo alto